

la realidad está a la vuelta de la esquina

rafael rodríguez

¿ Darías una conferencia sobre la técnica de la entrevista en la UAM-Xochimilco? Palabras de más o de menos, fue la invitación que me trajo por primera vez en noviembre de 1974.

Se trataba de la nueva Universidad y, por supuesto, alguna idea tenía al respecto, aunque no recuerde dónde leí los pulcros impresos cuyo estilo y logotipo, acaso sin proponérselo, rendían un homenaje a la juventud que en 1968 alcanzó la competencia nacional no precisamente en los estudios, sino en las calles y plazas de la ciudad.

En el fondo, la verdad es que desconocía el carácter de la institución. Entonces era difícil distinguir lo duradero de lo efímero y resultaba imposible, por ejemplo, saber cuántos organismos descentralizados, fideicomisos y paraestatales tenía el gobierno federal. El presidente de la República hacía giras a sitios insólitos para entregar desde edificios hasta microscopios, y a veces aterrizaba sobre pistas asfaltadas la víspera que no volvían a servir después del despegue. En cuestión de horas, las brigadas federales de escenografía en inauguraciones y visitas montaban vergeles portátiles alrededor de edificios públicos erigidos en

páramos, y a base de soplete y pintura eran capaces de reverdecer en minutos los céspedes más amarillentos y secos.

No obstante, en medio de tales espejismos uno se mal acostumbraba: me vestí con una solemnidad a la altura de un auditorio universitario instalado en butacas flamantes y acojinadas. Como el compromiso era a las 19:00 del día señalado anticipé la llegada, pero de todas maneras me oscureció en el periférico.

Lo demás es fácilmente imaginable: entré en el desconcierto de un ilimitado estacionamiento, y después de caminar por la crujiente grava de tezontle de las inauguraciones oficiales, recibí orientación para llegar a uno de los gallineros, donde pisé el terreno de la antiolemonidad.

Las cosas suceden al revés de lo que uno quisiera: quince años después se ha perdido la antiolemonidad; lo que subsiste son los gallineros.

Es preciso agregar lo que trascendió de aquella visita inicial: en medio de tan precario ambiente florecía el entusiasmo. Ignoro si la gente lo sabía de cierto, pero tengo la convicción de que *sentía* que estaba creando una Universidad. Si al mismo tiempo se construían o no

los edificios era un asunto secundario; lo importante era lo otro, el proyecto, es decir, el **Proyecto**.

En medio de la baja temperatura de aquella noche de noviembre, el calor de las preguntas y las miradas jóvenes establecían el contraste. Y durante los siguientes días, cuando me convertí en parte de la imagen colectiva de la ranita cuyo salto representaba el nuestro, entre los charcos de los campos circundantes tal cual eran, literalmente, los terrenos de la UAM, al entrar en los cursos de internalización y participar en las discusiones epistemológicas, la entrega general y la amplitud del futuro me dieron la certeza de que mi esfuerzo también contaba.

Post scriptum

De tal noción surgió un compromiso perenne que expresamos en el cartel adjunto. Estábamos tan conscientes de las condiciones de utopía en que planeábamos el desarrollo de las inminentes funciones universitarias como de la realidad que, entonces como ahora, comienza a la vuelta de la esquina.

Rafael Rodríguez
adscrito a la Rectoría de la Unidad